

Sinfonías Tontas de Walt Disney

Todos los periódicos cinematográficos del mundo han dedicado ya su mejor artículo, su más primoroso editorial a la única muestra de cine contemporáneo destinado a no envejecer, a adquirir en las cinetecas del mundo, por los años venideros, el “bouquet” de las cosas definitivas, que el tiempo enriquece de antecedentes y perfiles artísticos. Sinfonías tontas de Walt Disney, pequeños poemas que vivirán siempre en la memoria y el recuerdo gozoso, porque satisfacen un anhelo recóndito de nuestro ego que la vida sólo supo acallar y ahogar. En la niñez, sin conciencia de ello tuvimos, como lo señalo muy acertadamente hace poco, en una de sus conferencias, el jesuita Laburu, nuestra visión subjetiva de las cosas, nuestra realidad de uso particular que chocaba siempre contra la realidad objetiva, puntualizada en una continua rectificación de padres y gentes que teníamos a nuestro alrededor. El sol con rostro de buen burgués sonriente, enmarcado de rayos: el caballo sumario que tenía mucho más de perro que de equino: la falta de proporción entre las figuras mínimas de los niños, a las que concedíamos en la concepción importancia máxima porque eran del mismo tamaño de nuestro mundo. Y las de los maestros que apenas les llegaban a las rodillas, todo eso quedo dibujado en nuestras pizarras como síntoma de una realidad subjetiva que fue chocando luego contra la dura corteza de las cosas. Pero este pleito – el primero que la vida nos ganara – no tuvo a su favor, en el fallo, esa victoria rotunda e incontrovertible de los pleitos en que ambas partes son igualmente lúcidas y concientes de su lucha y de su derrota. Este pleito nos dejo una herida recóndita, un trauma sentimental que, ya de grandes, nos empujo a deleitarnos con la historieta gráfica, festiva, de los periódicos y que hoy nos permite gustar totalmente la maravilla de las sinfonías de Walt Disney.

Quien sabe porque impulso genial empezó a mover este muchacho sus animalejos con argucias y tretas de hombres en un reino de lo absurdo, donde bailan las flores como quizá lo imaginamos a los dos años, en una presciencia de este arte tan personal y sutil; donde los bebes cabalgan sobre campanulas y duermen dentro de nenúfares, donde las avispas se unen en taladro castigador del oso ladrón y lo perforan. Averiguarlo sería hacer quizá un reportaje a lo subconsciente. Mientras llega, ahí están las sinfonías, con sus lilas incomparables, sus paisajes en grises y sepias de ahora, sus sombras de diablos bailando proyectadas sobre un muro de piedra; la inacabable y prodigiosa teoría de un artista que más que ninguno, en su reino de la imaginación pura, de la poesía acotada en trazos cómicos o en duelos de color, ha demostrado de qué cosas es capaz la ficción del cine.

R.A.D.